

# 1

## **París, octubre de 1997**

---

En el otoño de 1997, Michael Jeffrey Jordan, que antes vivía en Wilmington, Carolina del Norte, y ahora en Chicago, Illinois, llegó a la capital de Francia con su equipo, los Chicago Bulls, para participar en un torneo de pretemporada, organizado por McDonald's, que era una de las principales empresas patrocinadoras de Jordan y, además, un patrocinador muy importante de la Asociación Nacional de Baloncesto. Aunque reunió a varios de los mejores equipos europeos, el torneo no fue, desde el punto de vista del nivel de juego, muy competitivo para un equipo estrella como los Bulls. Ya se sabía que no iba a serlo: formaba parte de un esfuerzo incesante y excepcionalmente eficaz de la NBA por exhibir el juego de sus equipos y a sus mejores jugadores en partes del mundo donde el baloncesto estaba adquiriendo popularidad, sobre todo entre los jóvenes. También se hizo en gran medida porque las empresas patrocinadoras estaban encantadas de abrir y consolidar mercados en puntos decisivos de todo el mundo. No es de extrañar que los jugadores americanos no se tomaran muy en serio la competición. (Tampoco los comentaristas deportivos se la tomaron muy en serio. Cuando unos años antes los Celtics participaron en ese mismo torneo, su cronista habitual, Johnny Most, un hombre que no siempre recordaba los nombres de los jugadores americanos, se rindió por completo y los aficionados de Boston tuvieron que conformarse con cosas como «y el bajito del bigote se la pasa al alto barbudo...»).

Los Bulls llegaron para jugar el campeonato «hamburguesero» del mundo como solían hacer por entonces, con el mismo apa-

rato que los grandes grupos de rock cuando iban de gira. Eran los Beatles del baloncesto, había dicho un periodista años antes, y de hecho volaron en el 747 utilizado normalmente por los Rolling Stones para sus giras. Hubo un tiempo en que Michael Jordan había considerado Francia como una especie de refugio, un lugar al que podía ir de vacaciones y escapar del peso de la fama, sentarse en la terraza de un café y saborear su condición de turista anónimo. Su participación en el Dream Team estadounidense que había conquistado el oro en los Juegos Olímpicos de Barcelona cinco años antes, y el consiguiente aumento de su fama internacional, habían acabado con aquello. Sus ingresos brutos se habían más que duplicado, pero había perdido el oasis parisino; ahora era tan reconocido y acosado allí como en cualquier otro sitio. Grandes multitudes lo esperaban a las puertas del hotel durante todo el día con la esperanza de echar un vistazo al hombre que los periodistas franceses calificaban como el mejor *basketteur* del mundo. En los partidos, los recogepletas franceses parecían reacios a atender a su propio equipo y estar dispuestos a trabajar solo para los Bulls. Algunos jugadores franceses se dibujaron con tinta en las zapatillas el número de Michael, el 23, para conmemorar su roce con la grandeza. En Bercy, la cancha donde se disputaron los partidos, se vendían imitaciones de su camiseta por una cantidad equivalente a unos ochenta dólares.

«Jordan esperado como un rey», rezaban los titulares que anunciaron su llegada en el diario deportivo *L'Équipe*. Las entradas se estaban vendiendo desde hacía semanas y la prensa francesa parecía dispuesta a dar a Jordan el tratamiento de un jefe de Estado y a permitirle cualquier cosa. Cuando en una conferencia de prensa confundió el Louvre con el *luge*, un arriesgado deporte de invierno, nadie se burló de él, aunque era el típico error que podía cometer un americano y que los franceses habrían aprovechado con gran entusiasmo para poner en evidencia la barbarie del Nuevo Mundo. «Michael ha conquistado París», se podía leer en otro periódico, y un periodista añadió: «Los jóvenes parisinos que han tenido la suerte de entrar en el Bercy han debido de tener hermosos sueños, pues su héroe ha cumplido todas sus expectativas». Al

advertir que Jordan llevaba su famosa boina, el periodista Thierry Marchand escribió con gran entusiasmo: «Deberíamos llamarlo Michel». *France-Soir* fue aún más lejos: «Michael Jordan está en París», decía. «Mejor que si fuera el papa. Es Dios en persona».

Los partidos no fueron precisamente buenos; la verdad es que resultaron más bien bochornosos. Los Bulls jugaron con lentitud, pero aun así vencieron al Olympiakos en la final. Los famosos compañeros de equipo de Jordan, Dennis Rodman y Scottie Pippen, no estuvieron allí, y Toni Kukoč, antaño el mejor jugador de toda Europa, consiguió cinco puntos. Jordan consiguió veintisiete, aunque no le gustó tener que jugar sin dos de sus compañeros de equipo más importantes. Más le hubiera valido quedarse en casa, ya que se le infectó un dedo del pie.

Jordan era muy consciente de que el triunfo en París le pertenecía menos a él que a David Stern, consejero general de la liga. El torneo no fue solo un mero reflejo de la creciente internacionalización del baloncesto, que Stern había contribuido a potenciar, sino la celebración de la conexión de la NBA con McDonald's, una de las empresas americanas más importantes.

Stern, apoyado por casi todo el personal ejecutivo de la NBA y por multitud de directivos de McDonald's, estuvo en la gloria. Allí se había reunido casi todo el que era alguien en el mundo del baloncesto. Hubo una excepción notable en la ausencia de Jerry Reinsdorf, el propietario de los Bulls, que rara vez aparecía en eventos como aquel. Stern había presionado a Reinsdorf para que acudiera y saboreara aquellas *nachas*, una palabra yidis que significa orgullo y alegría, pero aquella clase de *nachas* no atraían al propietario de los Bulls, un hombre que prefería su intimidad al discutible oropel y adulación de los que incluso un propietario podía disfrutar en ocasiones como aquella. Además, hubo muchas especulaciones de última hora entre la gente de la NBA sobre si acudiría otro de los vip, Dick Ebersol, el presidente de los programas deportivos de la NBC. Por todo París corrió el insistente rumor de que, aunque el campeonato de McDonald's había coincidido con el inicio de la Serie Mundial, Ebersol, de cuyo corazón se decía que era más baloncestista que beisbolista, iba a acudir a

París en lugar de sentarse en una tribuna para que sus cámaras lo captaran en la Serie.

Dada la relación simbiótica entre la televisión y los deportes más populares, era lógico que Stern y Ebersol fueran buenos amigos. Ebersol solía llamar «jefe» a Stern y este decía lo mismo de Ebersol. Stern era el más apasionado y sofisticado de los publicistas modernos, y la empresa de Ebersol era la que determinaba qué imágenes se mostraban a la nación. Stern comprendía algo que no todo el mundo de los deportes comprendía aún, que en la línea empresarial de ambos la imagen era más importante que la realidad. Controlaba muy de cerca la cobertura de la liga de su deporte, y a menudo se tomaba de manera muy personal cualquier desvío de los locutores y de sus cámaras que fuera en detrimento de la mejor imagen. De hecho, cuando ascendió por primera vez en la NBA, en una época en que la imagen de la liga era todavía muy negativa, se hizo famoso por llamar cada lunes a los ejecutivos de la cadena para quejarse de cualquier empeoramiento de la imagen que hubiera tenido lugar el domingo.

Tanto Ebersol como Stern tenían el mismo empeño en realzar el buen nombre y la imagen pública del baloncesto, sobre todo en lo referente a la conducta pública de sus mejores jugadores, y los dos hombres habían colaborado estrechamente en una aventura que había contribuido a aumentar de forma espectacular la popularidad del deporte y, con el tiempo, también los índices de audiencia. Que incluso se hubiera llegado a plantear que Ebersol arrinconaría la Serie Mundial para promover partidos de exhibición de baloncesto contra oponentes débiles en un país extranjero para ganar una copa financiada por una compañía de hamburguesas revelaba hasta qué punto había cambiado la suerte de los dos deportes en los últimos años. La Serie Mundial de aquel año, entre Cleveland y Florida, que estaba a punto de empezar, no parecía especialmente atractiva para la mayoría de los hinchas; parecía que faltaba el espíritu tradicional de rivalidad, o al menos cierto grado de antagonismo geográfico. Enfrentaba a un equipo de Miami, que pocos hinchas conocían, con un equipo de Cleveland que tenía talento pero poca publicidad. Ninguno de los dos

equipos, desde el punto de vista del público deportivo general, tenía aún una personalidad propia. No había rivalidad, ni histórica ni geográfica, entre los dos conjuntos. Al final Ebersol se había quedado en América para ver la Serie. Stern se había burlado de él por ello: «Dick, si quieres quedarte en Estados Unidos para ver la Serie Mundial con menos público de la historia, allá tú», le había dicho. (Stern se equivocaba: la Serie Mundial menos vista de la historia fue la de 1993, cuando por primera vez la final de la NBA consiguió más audiencia que la Serie Mundial).

Habían sido dos días muy felices para David Stern: el baloncesto estaba peleando por su imagen y su índice de audiencia, y Michael Jordan aportaba mucha fama a la NBA en una ciudad normalmente reacia a rendir homenaje a celebridades americanas. Entonces, la noche del último partido, un cuarentón alto y negro se acercó a la tribuna donde estaban sentados Stern y su mujer, Dianne. «Quiero darle las gracias por salvarme la vida», dijo Michael Ray Richardson a Stern. Richardson había sido en otros tiempos una gran estrella juvenil de la NBA, un magnífico fichaje de los Knicks, pero se había echado a perder por culpa del alcohol y de las drogas, y fue de los primeros jugadores expulsados de la liga por la política de «tres fallos y fuera». A la sazón jugaba en un equipo de Niza y vivía allí todo el año. «Si no hubiera sido por usted, habría seguido consumiendo. Gracias a lo que hizo, lo dejé. Ahora estoy limpio». Fue un momento conmovedor: en la cancha algunos de los mejores jugadores del mundo realizaban los últimos lanzamientos de calentamiento, y allí estaba un hombre que había alcanzado en otro tiempo aquel nivel y que ahora tenía cuarenta y dos años y un poco de barriga, que prácticamente se había destruido con las drogas y que aún jugaba en una liga menor tras haber perdido seguramente casi todo su dinero, pero que se sentía agradecido por seguir vivo. David Stern era normalmente un hombre de réplica rápida, pero en aquella ocasión se quedó casi mudo. Rodeó a Richardson con el brazo y lo estrechó contra su cuerpo.

En aquel momento, con la temporada 1997-1998 a punto de empezar, Michael Jordan estaba en la cúspide de la fama. No solo

era el mejor jugador de baloncesto del mundo, sino que había cierto debate sobre si era o no el mejor jugador de todos los tiempos. Una gran parte de la opinión experta creía que sí lo era. Y el asunto había rebasado la esfera del baloncesto: ¿era el mejor deportista de equipo de todos los tiempos? Se hicieron comparaciones con el legendario Babe Ruth, un beisbolista que se había situado muy por encima de sus mejores colegas. Por supuesto, las comparaciones las hacían sobre todo hombres que rondaban los treinta años, a pesar de que Ruth había muerto cuarenta y nueve años antes y había jugado su último partido en 1935.

Las comparaciones dentro del mundo del baloncesto eran igualmente difíciles de resolver. Por aquella época, los Bulls de Jordan habían ganado el campeonato las últimas cinco temporadas en que él había jugado la temporada completa, pero los Boston Celtics habían ganado once campeonatos en los trece años que habían tenido al gran Bill Russell, un pívot de más de dos metros, con una inteligencia excepcional e igual rapidez y potencia. Claro que eso había tenido lugar en una liga muy diferente, con muchos menos equipos, en la que el nivel atlético de muchos jugadores no alcanzaba el nivel de juego de años posteriores. Fue una liga en la que el hábil presidente de los Celtics, Red Auerbach, casi siempre esquilmba a sus rivales y supo rodear a Russell de compañeros de equipo excepcionales. Por lo tanto, la cuestión Jordan-Russell quedó sin respuesta, aunque el cineasta Spike Lee, notable experto en baloncesto, puso sobre la mesa un argumento devastador: Jordan era el mejor de todos los tiempos porque era un jugador muy completo. No había nada que no pudiera hacer en la cancha: lanzar a canasta, pasar, coger rebotes, defender. En consecuencia, según Lee, cinco como Michael Jordan podrían derrotar a cinco como Bill Russell o a cinco como Wilt Chamberlain. Era una opinión fascinante, pues ponía sobre la mesa la idea del atleta total.

Tanto si era el mejor como si no, no había duda de que era el deportista más atractivo y carismático del mundo del deporte en los años noventa. Era el deportista al que la gente corriente de todo el mundo quería ver jugar, sobre todo en partidos importantes, porque siempre parecía capaz de estar a la altura.

Por entonces ya era rico. Se calculaba que la temporada anterior había ganado 78 millones de dólares entre sueldos y promociones, y la temporada entrante parecía prometer una cantidad parecida o superior. Iba camino de ser una empresa unipersonal y llamaba «mis socios» tanto a los propietarios del equipo en el que jugaba como a los presidentes de las compañías de zapatillas, hamburguesas y refrescos a las que representaba. Era posiblemente el americano más famoso del mundo, más famoso, en muchos lugares remotos del globo, que el presidente de Estados Unidos o que cualquier estrella del cine o del rock. Periodistas y diplomáticos americanos destinados a las zonas más rurales de Asia y África solían quedarse estupefactos cuando visitaban aldeas y veían niños con harapientas imitaciones de la camiseta de los Bulls que llevaba Michael Jordan.

Había muchos argumentos estadísticos sobre lo que había hecho Jordan por el baloncesto, sobre cómo su carisma personal había contribuido al sorprendente éxito y rentabilidad de este deporte. Naturalmente, gracias a los notables logros de Magic Johnson y Larry Bird, el deporte ya estaba en alza cuando la estrella de Jordan empezó a brillar, pero su llegada a los *playoffs* contribuyó en gran medida a aumentar la audiencia de los partidos, atrayendo al deporte a millones de personas que eran más seguidores de Michael Jordan que del baloncesto profesional. Los índices de audiencia televisiva aumentaron sistemáticamente en sus primeras apariciones en las finales, alcanzando un insólito 17,9 en su tercera aparición, contra Phoenix en 1993. Ese índice de audiencia equivalía a unos 27,2 millones de norteamericanos. Pero lo más interesante para Dick Ebersol era que ese porcentaje tan elevado se debía directamente a Jordan.

La televisión y la liga se dieron cuenta por las malas un año después, cuando Jordan se tomó una temporada sabática y los Bulls no llegaron a la final. Los índices de audiencia de casi todas las demás finales se mantuvieron más o menos igual, pero los de baloncesto cayeron bruscamente al 12,4, es decir, que las vieron solo unos 17,8 millones de americanos. Eso significaba que alrededor de la tercera parte del público había visto los partidos bási-

camente por Michael Jordan. Dos años después, cuando volvió al baloncesto y consiguió otros dos campeonatos para los Bulls, los índices de audiencia volvieron a subir a 16,7 en 1996 y a 16,8 en 1997, lo que equivalía a unos 25 millones de personas.

Cada vez se utilizaba más la expresión «*the best who ever laced up a pair of sneakers*» («el mejor que se ha calzado unas zapatillas») para describirlo. «Si Michael Jordan no es perfecto en su oficio», escribió Melissa Isaacson en el *Chicago Tribune*, «es la prueba más palpable que tenemos de que cualquier cosa es posible». Una y otra vez lo calificaban como el jugador más valioso de la liga, y en las finales siempre parecía capaz de ganar el campeonato liderando a un grupo de buenos compañeros de equipo, aunque no siempre extraordinarios. Al final de cada serie, se recompensaba al mejor jugador con un coche nuevo, y lo regalaba el mismísimo David Stern. En los últimos años, Stern adoptó la costumbre de decir que era el aparcacoches de Jordan.

Cada vez se usaba más la palabra «genio» para definir a Jordan. Harry Edwards, un sociólogo negro de la Universidad de California, en Berkeley, y un hombre que no se impresionaba fácilmente por las hazañas de los deportistas contemporáneos, estaba al tanto de que los triunfos de los deportistas negros ejercían una influencia impresionante en muchos jóvenes negros y los inducía a abandonar profesiones de otros campos. Sin embargo, afirmaba que Jordan representaba el nivel más alto del triunfo humano y estaba a la altura de un Gandhi, un Einstein o un Miguel Ángel. Añadía que, si le encargaran exponer ante un alienígena «el mejor ejemplo del potencial, la creatividad, la perseverancia y el espíritu humanos, le describiría a Michael Jordan». Doug Collins, el tercer entrenador profesional de Jordan, dijo una vez que Jordan pertenecía a esa rarísima categoría de personas que están muy por encima de la norma, hombres como Einstein y Edison, que eran genios reconocibles. Collins no había usado nunca esa expresión, desde luego no a propósito de un jugador. B. J. Armstrong, un dotado compañero de equipo de Jordan, frustrado durante sus primeros años con los Bulls por no poder estar al nivel de Jordan ni de sus supuestas expectativas, y creyendo que el juego era mucho

más fácil para Jordan que para cualquier otro, había ido a la biblioteca a consultar una serie de libros sobre genios para ver si podía aprender algo sobre cómo vérselas con Jordan o ser como él.

Y cuando Jordan, tras su tercer campeonato, decidió retirarse, fue a regañadientes a contárselo a su entrenador, Phil Jackson, para quien iba a ser, evidentemente, la peor noticia. Señaló la posibilidad de su retiro, pero añadió que, si Jackson lo convencía para que se quedara, no se iría. Se lo comentó con cautela, temiendo que el siempre hábil Jackson pudiera convencerlo para que siguiera. Pero Jackson respondió astutamente que no intentaría hacerle cambiar de opinión, que Michael tenía que escuchar y hacer caso a su propia voz interior. No obstante, le recordó que estaría negando un gran placer a millones de personas si dejaba de jugar, porque tenía un don muy especial. Su talento, dijo Jackson, no era simplemente el de un gran deportista, sino que trascendía el deporte y se elevaba a una forma de arte. Su don estaba a la altura del de un Miguel Ángel, dijo Jackson, y por tanto, Jordan al menos tenía que entender que pertenecía no solo al artista, sino a todos los millones que estaban fascinados por su arte y que obtenían, en sus vidas generalmente definidas por lo mundano, un placer enorme con lo que hacía. «Michael», añadió, «el genio puro es rarísimo, y si has sido bendecido con él, tienes que pensarlo mucho antes de abandonarlo».

Jordan lo escuchaba atentamente. «Aprecio lo que dices», le respondió, «pero siento como si fuera algo que ya está hecho, que ha terminado». Finalmente hizo caso a su voz interior y se retiró, pero el hecho de que Jackson no se hubiera referido en aquel momento a sus propios intereses personales cimentó una relación ya de por sí estrecha, y en cierto modo ayudó a iniciar el proceso que un día aceleraría su regreso.

Lo que lo hacía especial era el efecto que producía, no tanto sobre los hinchas, sino sobre sus compañeros de equipo. «Es el hijo de Dios», dijo su compañero Wes Matthews en el primer año de Jordan, y hubo muchos jugadores con más talento que Matthews que estuvieron de acuerdo, aunque utilizaran palabras algo diferentes. Jayson Williams de los Nets lo llamó «Jesucristo con Nikes».

Jerry West, reconocido como uno de los cinco o seis mejores jugadores de todos los tiempos y que acabaría siendo entrenador de los Lakers, también se refería a él como a un genio, diciendo que era sorprendente lo completo que era, no solo como jugador de baloncesto sino como un hombre que, debido a su talento, estaba llamado a convertirse en la imagen pública de una liga antaño problemática. «Es como si un dios generoso hubiera rociado con más polvo dorado a Michael que al resto de los mortales», dijo.

Cuando Jordan ganó el segundo título para los Bulls, Larry Bird dijo que nunca había existido un deportista como Jordan. «En una escala del uno al diez, si las demás superestrellas tienen un ocho, él tiene un diez», adujo Bird.

«Michael Jordan», dijo el novelista Scott Turow, que vivía en Chicago, «juega al baloncesto mejor que los demás haciendo cualquier otra cosa».

Además de sus singulares dotes físicas, tenía una voluntad única de mejorar, una furia competitiva interior, una pasión imposible de igualar por ningún otro jugador de baloncesto. Esta realidad se hizo cada vez más evidente con el paso de los años. Al principio de su trayectoria, algunos observadores que alucinaban con el arte de su juego habían intentado explicar su trayectoria ascendente en el campeonato basándose en su talento; luego, cuando ya había recorrido mucho camino y ya no podía realizar muchos movimientos individuales que en otro tiempo lo diferenciaron del resto, saltaba a la vista que lo que de verdad lo distinguía era su indomable voluntad, su negativa a permitir que jugadores rivales o el paso del tiempo mermaran su necesidad de ganar. «Quiere arrancarte el corazón», dijo una vez Doug Collins, «y ponértelo delante». «Es Hannibal Lecter», dijo Bob Ryan, el experto en baloncesto de *The Boston Globe*, refiriéndose al cruel antihéroe de *El silencio de los corderos*. Y su propio compañero de equipo Luc Longley, cuando un reportero de televisión le pidió que describiera a Jordan con una palabra, dijo lacónicamente: «Depredador».

Al principio de la nueva temporada, que mucha gente creía que sería la última, Michael Jordan había dominado de tal manera el

juego y la mentalidad de los hinchas americanos que los periodistas deportivos de todas las categorías empezaban ya a escribir artículos sobre quién sería el próximo Michael Jordan. Uno de los primeros artículos, escrito por Mike Lupica para *Men's Journal*, había nominado como candidatos a Grant Hill de los Detroit Pistons, un joven talento tanto dentro como fuera de la cancha, aunque quizá no tan carismático como Jordan; a Kobe Bryant, la estrella adolescente de Los Angeles Lakers, quizá más fascinante que Hill pero con un juego por desgracia incompleto; y, por supuesto, a Shaquille O'Neal, el altísimo pívot de los Lakers, un joven con talento y potencia evidentes. Toda esta cháchara sobre el futuro Michael Jordan divertía mucho al Michael Jordan de siempre. «Aún sigo aquí», dijo a su amigo y entrenador Tim Grover. «No me voy a ninguna parte. Todavía».

Que hubiera existido un Michael Jordan parece, visto retrospectivamente, una especie de casualidad genética, y la idea de que otra persona pudiera llegar en un periodo tan corto a hacer lo que él hizo tanto dentro como fuera de la cancha, una quimera. Porque más allá del incomparable talento de sus facultades deportivas, tenía otras cualidades que también jugaron su papel. Tenía un atractivo deslumbrante, con una sonrisa que parecía despertar la simpatía de todos los que la veían, y fue inevitable que se diera cuenta de las ventajas que se derivaban de tener tanto éxito en el deporte, y también de ser tan atractivo: las ventajas derivadas de explotar ambas cosas, la fama y la belleza. Era alto, pero no demasiado (1,98 m), con un cuerpo que parecía mágicamente perfecto, con espaldas anchas, cintura estrecha, y solo con un 4 por ciento de grasa corporal. (El deportista profesional tiene una media cercana al 7 u 8 por ciento, y el varón americano medio está entre el 15 y el 20). Se preocupaba por la ropa y vestía extraordinariamente bien; posiblemente era el varón americano mejor vestido desde Cary Grant, aunque la gama de prendas que le quedaban bien era mucho más amplia. Las sudaderas, según un miembro del equipo que filmaba sus anuncios de Nike, le sentaban mejor que a muchas estrellas de cine la corbata negra. «Haz que salga

bien», decía antes de cada fotografía a Jim Riswold, el publicista de Portland que estaba a cargo de los anuncios de Nike. Riswold le dijo una vez: «Michael, tú saldrías bien aunque te filmara empujando a una anciana delante de un autobús o arrojando cachorros de perro a un caldero de agua hirviendo».

En el pasado, el ideal de belleza americano siempre había sido de raza blanca. Los hombres americanos se habían mirado ansiosamente en el espejo esperando ver a Cary Grant, a Gregory Peck o a Robert Redford. Jordan, con la cara y la cabeza afeitadas, había dado a América nada menos que una nueva definición de belleza para una nueva época.

Lo que América y el resto del mundo veían ahora era una especie de hombre del Nuevo Mundo, un joven cuyos modales eran como los de un príncipe. Desde luego, seguro que no tenía los modales de cuando nació (su abuelo paterno había sido recolector de tabaco en Carolina del Norte). Sus padres eran personas humildes que trabajaron con tesón, los primeros de sus respectivas familias en disfrutar de plenos derechos como ciudadanos americanos, y educaron a un joven que se comportaba con una notable gracia natural. Gracias al cariño con que había sido criado y a la interminable serie de triunfos que había conseguido a lo largo de los años, se encontraba a gusto en todas partes: tenía una seguridad interior que era sencillamente inquebrantable.

Su comportamiento hacia todo tipo de personas, incluso en la más breve de las reuniones, era normalmente encantador, sobre todo para alguien sometido a tantas presiones, y aquellos a quienes sonreía parecían engrandecerse por ello. Tenía encanto y era muy consciente de ello, y lo empleaba con habilidad y naturalidad, racionándolo en dosis adecuadas, reservándolo cuando servía a sus fines. Le resultaba fácil gustar y parecía que la gente rivalizara por caerle bien. El veterano cronista deportivo Mark Heisler escribió una vez en un artículo que Michael Jordan era el deportista a quien más había deseado gustar. Multitud de directores de revista deseaban publicar artículos sobre él porque, al igual que la princesa Diana de Inglaterra, su foto en la portada aumentaba considerablemente las ventas. Hombres ricos y poderosos compe-

tían por ser amigos suyos, por mencionar su nombre con fingida indiferencia y, por supuesto, por jugar al golf con él.

Debido a todo esto, se había convertido en un gran vendedor, además de ser un gran jugador de baloncesto. Vendió el baloncesto a millones de personas de distintos países que nunca habían visto un partido y a otros tantos millones que no habían visto a nadie jugar así hasta entonces. Vendía zapatillas Nike si querías saltar muy arriba, Big Macs si tenías hambre, Coca-Cola al principio, y después Gatorade, si tenías sed, Wheaties si querías cereales genuinamente americanos y ropa interior Hanes si necesitabas calzoncillos. Vendía gafas de sol, colonia masculina y perritos calientes. Básicamente se vendía a sí mismo y lo hizo año tras año, mientras sumaba campeonatos, mientras una heroicidad en el último momento reemplazaba a la anterior, como si nada. Ya había una estatua que conmemoraba su trayectoria a las puertas del Chicago's United Center, donde jugaba, un edificio que detestaba pero que había sido construido en gran parte para alojar al creciente número de hinchas dispuestos a pagar grandes cantidades de dinero para verlo. La estatua lo representaba como el Hombre Que Salta (Michael elevándose para encestar), pero en comparación con el hombre al que homenajeaba, parecía ruda y pesada, un arte que, en lugar de imitar la vida, la devaluaba.

Cada año Jordan parecía añadir un nuevo capítulo a la leyenda que se estaba gestando. Estaba a punto de empezar una nueva temporada, pero es probable que el capítulo más notable hasta la fecha se hubiera escrito el mes de junio anterior, cuando despertó muy enfermo antes del quinto partido de la final de la NBA contra los Utah Jazz. Nunca se supo con seguridad si fue por la altitud o por una comida en mal estado. Más tarde se dijo que había despertado con 39 y medio de fiebre, pero no era cierto: tenía fiebre, pero no tanta, no pasaba de los 38 grados, pero había estado tan enfermo durante la noche que parecía imposible que pudiera jugar. A las ocho de la mañana, los guardaespaldas de Jordan llamaron a Chip Schaefer, el entrenador del equipo, para decirle que Jordan estaba con un pie en la tumba. Schaefer corrió a la habitación de Jordan y lo encontró encogido en posición fetal, envuelto

en mantas y lastimosamente débil. No había dormido en absoluto. Tenía un fuerte dolor de cabeza y había estado vomitando toda la noche. El mejor jugador del mundo parecía un zombi frágil y débil. Era inconcebible que pudiera jugar ese día.

Schaefer le puso inmediatamente una sonda intravenosa para hidratarlo todo lo posible. También le dio medicación para que pudiera descansar esa mañana. Schaefer entendía mejor que la mayoría la furia que impulsaba a Michael Jordan, el espíritu invencible que le permitía jugar partidos en los que casi todos los profesionales de alto nivel eran traicionados por su propio cuerpo y, aunque a regañadientes, acababan cediendo. Durante la final de 1991 contra los Lakers, cuando Jordan se lesionó gravemente un dedo del pie al saltar en un momento crucial del partido, Schaefer ideó una zapatilla que protegiera el pie de Jordan en el partido siguiente. Jordan acabó rechazando la zapatilla porque dificultaba su capacidad para arrancar, frenar y correr. «Prefiero el dolor», le había dicho a Schaefer.

En aquel momento, al verlo tan enfermo en el hotel de Salt Lake City, Schaefer tuvo la sensación de que Jordan se las arreglaría de alguna manera para jugar, de que de un modo u otro podría, como hacía a veces en situaciones parecidas, utilizar la indisposición como un instrumento motivador, un reto más que superar. Consiguió llegar al vestuario antes del partido, aún frágil y débil. Entre los periodistas corrió rápidamente la noticia de que tenía la gripe y 39 de fiebre, y muchos supusieron que no jugaría. Un miembro de los medios que no estaba tan seguro de aquel dictamen era James Worthy, de la cadena Fox. Había jugado con Michael Jordan en Carolina del Norte y lo había visto coronarse como el mejor jugador de la NBA, y sabía cómo funcionaba Michael. La fiebre no significaba nada, dijo Worthy a los otros reporteros de la Fox. Jugará, advirtió. Averiguará lo que puede hacer, medirá sus esfuerzos en otras áreas y jugará un gran partido.

En el vestuario, los compañeros de equipo de Jordan estaban atónitos ante lo que veían. La piel de Michael, normalmente oscura, era de un alarmante color ceniciento, recordaba Bill Wennington, y sus ojos, habitualmente vivos, parecían apagados. Cuando

el partido estaba a punto de comenzar, el personal de la NBC emitió imágenes de un Jordan frágil y demacrado a su llegada al Delta Center, apenas capaz de caminar, pero también lo mostraron en el calentamiento. Fue uno de esos raros momentos de intimidación poco habituales en el deporte, un momento en que el poder de la televisión permitía al espectador ver al mismo tiempo lo enfermo que estaba Jordan y su voluntad de jugar a pesar de todo. Iba a ser una experiencia única: ¿cuándo se habían visto tan claramente la enfermedad y el agotamiento en el rostro de un deportista como él antes de un partido tan vital? Al principio parecía que los Jazz iban a machacar a los vulnerables Bulls. Al principio del segundo cuarto, Utah ganaba por 36 a 20. Pero los Bulls siguieron adelante porque Jordan consiguió jugar a un nivel excepcionalmente alto, consiguiendo veintiún puntos en la primera mitad. Al descanso, su equipo perdía solo por cuatro puntos, 53-49. Era difícil entender cómo podía jugar y más aún cómo podía ser el mejor jugador de la cancha. La espectacular historia del evento trascendió el mundo del baloncesto.

Al final del segundo cuarto, apenas pudo salir andando de la pista. Durante el descanso le dijo a Phil Jackson que no lo utilizara mucho en la segunda parte, solo en los momentos apurados. Pero salió y jugó casi toda la segunda parte. Jugó un tercer cuarto flojo, consiguiendo solo dos puntos, pero Utah aún no era capaz de alejarse en el marcador. Al final del último cuarto, cuando la cámara lo enfocó mientras corría hacia campo propio después de encestar, Jordan, más que el mejor deportista del mundo, parecía el peor corredor en una maratón de pueblo, el que iba a llegar el último en un día brutalmente caluroso. Pero una cosa era lo que parecía y otra muy distinta lo que hacía en la cancha cuando se le necesitaba.

Quedaban cuarenta y seis segundos, Utah ganaba por un punto y a Jordan le hicieron una falta cuando iba a encestar. «Fíjense en el lenguaje corporal de Michael Jordan», dijo el locutor Marv Albert. «Verán que tiene dificultades hasta para tenerse en pie». Lanzó el primer tiro libre, igualando el marcador, y luego falló el segundo, pero se las arregló para recoger el balón perdido. Más tarde, cuando los Jazz inexplicablemente lo dejaron solo, consiguió

una canasta de tres puntos cuando faltaban veinticinco segundos para el final, lo que permitió que Chicago se adelantara con 88-85 y acabara venciendo por 90-88. Al final había conseguido treinta y ocho puntos, quince en el último cuarto. Fue un partido inolvidable, una muestra sorprendente de determinación. Había dado una lección práctica sobre aquello que lo diferenciaba de los demás miembros de su profesión. Era el deportista con más talento de la liga, pero a diferencia de muchos otros deportistas muy dotados, tenía una cualidad adicional que se da poco entre los grandes artistas que trabajan sin esfuerzo aparente: también era de los que consiguen ir más allá de toda expectativa.

Aunque con un gran talento y una excepcional ambición, no siempre fue el más tolerante de los compañeros. Pero en los años que siguieron al regreso de su infructuosa temporada en el béisbol profesional, a menudo parecía un Michael Jordan distinto y, a veces, más sosegado. A sus compañeros de equipo les gustó más. Jugar con él era ahora infinitamente más fácil. Sí, seguía siendo inflexible con Luc Longley y Toni Kukoč, y podía ser mordaz con ellos en ocasiones. Se esperaba mucho de los dos jugadores y no siempre lo daban. Pero esa cualidad punitiva de su lengua, casi siempre innecesaria, se había suavizado. Obviamente, parte de la razón de ese cambio era que había subido ya muchas montañas, pues los tres campeonatos anteriores no solo habían confirmado su grandeza, sino que habían invalidado el detestable argumento que lo había perseguido durante tanto tiempo, a saber, que era un gran jugador individual, pero que no levantaba a su equipo, y por tanto no era un ganador. Otra razón del cambio era que había estado prácticamente dos años alejado de algo que amaba. Con más años y más maduro, estaba en un tramo de su trayectoria en que sabía que el tiempo corría en su contra y que tenía que saborear las mieles del juego, y que parte de ese juego radicaba en la amistad con los compañeros de equipo y en la naturaleza exigente de una larga y agotadora temporada en la NBA y cómo reaccionaban colectivamente ante ella. Y otra razón, por supuesto, era el hecho de que, al fracasar en el béisbol, se había dado cuenta por primera

vez de lo que suponía para un jugador enfrentarse a sus límites, porque él no había conocido límites antes, desde luego en cuanto a su rendimiento individual.

La victoria gripal frente a Utah había ayudado a consolidar el quinto liderazgo de los Bulls en la NBA, y con ello la amplia convicción de que era uno de los mejores equipos de todos los tiempos, por no decir el mejor. Pero no siempre era fácil situarlos en el panteón de la grandeza. Sí, habían ganado cinco copas, y sí, durante la temporada 1995-1996 habían ganado setenta y dos partidos, todo un récord. A ojos de algunos expertos del baloncesto, la cuestión del lugar exacto que ocupaban en la historia de este deporte seguía siendo objeto de debate. Por un lado porque una parte del equipo tenía sus limitaciones, y por otro porque nunca se habían enfrentado a otro gran equipo, como los Celtics y los Lakers, que se habían visto las caras en los años ochenta. Los Bulls habían ganado buenos partidos, pero ¿de veras habían ganado tantos buenos partidos? Algunos hinchas pensaban que eran como un Muhammad Ali sin un Joe Frazier.

Esta opinión pasaba por alto lo difíciles que habían sido los caminos que habían recorrido hasta llegar a los títulos. En las primeras fases de la lucha por el campeonato, vencieron a un durísimo Detroit, que sobre el papel no parecía tan bueno, pero que era un verdugo nato en la cancha. También pasaba por alto que, durante varios años, al inicio de los *playoffs*, se habían deshecho de un excelente Cleveland, que habría aspirado al campeonato si no hubiera tropezado con Michael Jordan. Los Bulls tenían la costumbre de derrotar a equipos que, hasta que se enfrentaban a ellos en la última ronda de los *playoffs* o en la misma final, parecían imponentes y a menudo parecían mejores que los Bulls... hasta que los Bulls los derrotaban y los dejaban en la cuneta. La clave de su continuo éxito era su notable habilidad defensiva. Muy buenos equipos compuestos por muy buenos jugadores, tras una serie de partidos contra los Bulls, acababan pareciendo normales y corrientes.

Un buen ejemplo lo tenemos en la victoria de los Bulls sobre Orlando Magic en la penúltima ronda de las eliminatorias de la Conferencia Este de 1996. Los Magic eran, al menos sobre el papel,

un equipo joven y asombroso. Habían llegado a la final el año anterior. Tenían jugadores estrella en tres puestos clave (pívot, alapívot y base): Shaquille O'Neal, Horace Grant y Penny Hardaway. Orlando estaba, como ningún otro equipo, en condiciones de convertirse en una dinastía. Pero aun así, los Bulls barrieron a los Magic en cuatro partidos y Orlando no volvió a ser el mismo. Poco después, O'Neal se fue al oeste, esperando establecer la siguiente dinastía en California en lugar de Florida.